

Kenosis, filiación y misión personal

Una clave cristiana para comprender el vivir, el servir y el pensar.

Por Rodrigo G. Llanos Gómez

La palabra kenosis procede del verbo griego *kenóō*, que significa vaciar, despojar o renunciar a lo propio. En la tradición cristiana remite, de manera eminente, al himno de la Carta a los Filipenses, donde san Pablo contempla el abajamiento de Cristo:

“Cristo Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se vació a sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y, apareciendo en su porte como hombre, se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz”.

El texto no afirma que Cristo haya dejado de ser Dios. La kenosis no significa pérdida de divinidad, disminución del ser o renuncia a la identidad eterna del Hijo. Cristo no abandona lo que es; asume lo que no era. No pierde la forma de Dios; toma la condición de siervo. El vaciamiento no afecta a su ser divino, sino al modo histórico en que ese ser se manifiesta.

Por eso, la kenosis no debe entenderse como empobrecimiento, sino como revelación. En Cristo se muestra que Dios no ejerce su grandeza bajo la forma del dominio, la posesión o la distancia, sino como amor que desciende. El Hijo eterno no se aferra a su igualdad con el Padre como privilegio visible. La expresa entrando en la historia, asumiendo la fragilidad humana y llevando la obediencia hasta la cruz.

El himno de Filipenses tiene un movimiento descendente y ascendente. Cristo se abaja: se encarna, sirve, obedece, muere. Pero ese descenso no termina en aniquilación, sino en glorificación: el Padre lo exalta y le concede el Nombre sobre todo nombre. No se trata de una pérdida compensada después por una recuperación, sino de una única lógica divina: la gloria de Dios se manifiesta como don.

La kenosis cristiana no es, por tanto, una espiritualidad de la derrota ni una mística de la desaparición. Es la forma histórica del amor divino. El Hijo se entrega porque recibe todo del Padre. Puede vaciarse sin perderse porque su identidad no descansa en la posesión, sino en la filiación.

I. El abajamiento de Cristo y la verdad de Dios



San Pablo introduce el himno con una exhortación: “Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús”. La kenosis no queda encerrada en la cristología. Desde Cristo, ilumina la existencia humana. No obstante, esta proyección antropológica solo puede hacerse bien si antes se conserva la verdad sobre Cristo.

Tomás de Aquino ofrece aquí una precisión imprescindible. Aunque no emplea la palabra kenosis como categoría autónoma, su teología de la Encarnación permite comprender su alcance. En Dios no hay mutación. Dios es acto puro; no puede perder perfección, disminuir su ser ni volverse menos Dios. Por tanto, el vaciamiento de Cristo no se sitúa en la esencia divina. El Verbo no cambia al encarnarse; asume una naturaleza humana. No hay reducción de la divinidad, sino elevación de la humanidad.

Cristo posee la plenitud de la gloria, pero durante su vida terrena no la manifiesta siempre bajo forma visible. Hay en Él un ocultamiento libre, orientado a la salvación. No utiliza su condición divina para eludir la pobreza, el cansancio, la vulnerabilidad, el dolor o la muerte. Acepta verdaderamente la condición humana y la convierte en camino redentor.

Tampoco su obediencia debe entenderse como inferioridad moral. En Cristo, obedecer no significa someterse servilmente a una voluntad extraña, sino vivir históricamente su relación filial con el Padre. La obediencia es amor en acto. El Hijo no se humilla porque valga menos, sino porque ama hasta el extremo.

Desde esta luz, la kenosis no toca el ser divino, no rompe la identidad del Hijo ni introduce carencia en Dios. Manifiesta que el amor perfecto puede descender sin perder altura. Más aún: revela que la verdadera altura del amor se muestra precisamente en su capacidad de abajarse.

II. La persona no se destruye cuando se dona

La kenosis cristiana debe distinguirse con cuidado de ciertas nociones modernas de alienación. En Hegel y, de modo distinto, en Marx, la alienación supone una pérdida de sí: el sujeto queda separado de su obra, de su trabajo, de su cuerpo, de su comunidad o de su sentido. Algo suyo se le vuelve extraño. La persona se fragmenta o queda sometida a una lógica que la desposee.

La kenosis pertenece a otro orden. No es pérdida de sí, sino donación desde una identidad plena. No es proceso impuesto, sino acto libre. No



produce ruptura, sino comunión. No nace de la carencia, sino de la sobreabundancia.

En la alienación, el sujeto se vacía porque ha sido expropiado o porque no sabe quién es. En la kenosis, la persona se entrega porque descansa en un origen recibido. La diferencia es radical: quien se disuelve no se dona; se pierde. Solo quien permanece en sí puede entregarse verdaderamente.

Esta distinción tiene consecuencias espirituales y prácticas. No se debe llamar kenosis a la autodestrucción, al desgaste sin sentido, a la obediencia ciega o a la espiritualización del abuso. Ninguna forma de violencia contra la dignidad personal se vuelve cristiana por revestirse de lenguaje sacrificial. Cristo no salva destruyendo la persona, sino restaurándola desde dentro.

La antropología trascendental de Leonardo Polo ayuda a formular esta diferencia con mayor precisión. Para Polo, la persona no se reduce a su naturaleza, a sus facultades, a sus operaciones, a sus funciones ni a sus resultados. La persona pertenece al orden del acto de ser personal. Es irreducible a lo que hace, a lo que posee o a la eficacia que alcanza.

Esta distinción entre acto de ser personal y esencia humana ilumina el sentido de la entrega. Si la persona fuera simplemente su función, su cargo, su imagen o su rendimiento, entregarse equivaldría a perderse. Pero si la persona es más que sus operaciones, entonces puede desprenderse de modos de presencia, reconocimientos, seguridades o formas de poder sin quedar anulada.

Desde esta perspectiva, la kenosis no puede entenderse como vaciamiento del acto de ser personal. Eso sería destructivo. Lo que se entrega pertenece al orden histórico de la manifestación: tiempo, energías, capacidades, prestigio, control, visibilidad, ejercicio del poder. El ser personal no se vacía; se expresa donalmente en la entrega.

En Cristo, el acto personal del Verbo permanece plenamente. Lo que se abaja es el modo histórico de presencia: asume la naturaleza humana, oculta su gloria, toma forma de siervo y acepta la cruz. Esta lectura converge con Tomás de Aquino y con Filipenses: no hay pérdida de ser, sino manifestación del amor en forma de descenso.

Polo permite además superar la imagen del yo cerrado. La persona no es clausura, sino apertura; no es mera identidad autosuficiente, sino coexistencia. En su raíz más profunda, está llamada al don. Por eso, la



entrega no es algo añadido desde fuera, sino una expresión de su estructura más alta. La persona no crece acumulando dominio, sino aprendiendo a dar.

III. Filiación: el origen del vaciamiento cristiano

El núcleo de la kenosis es la filiación. Cristo puede vaciarse históricamente porque es eternamente Hijo. Recibe todo del Padre y, por eso, no necesita retener nada como propiedad. Su identidad no está en poseerse, sino en proceder del Padre y volver al Padre en amor.

Esto transforma la comprensión de la obediencia. Cristo no obedece como quien carece de dignidad, ni como quien se somete por temor. Obedece como Hijo. Su obediencia visible manifiesta su relación invisible con el Padre. La cruz no es negación de su filiación; es su expresión histórica más alta.

También el cristiano vive la kenosis desde una filiación participada. San Pablo no propone una imitación exterior de Cristo, como si la vida cristiana consistiera en copiar conductas desde fuera. Habla del Espíritu de hijos. El creyente puede entregarse porque ha sido incorporado a una relación filial. No fabrica su identidad; la recibe.

Separada de la filiación, la kenosis se deforma. Puede volverse voluntarismo, desgaste, culpa, obediencia sin libertad o sacrificio sin sentido. Nacida de la filiación, se convierte en confianza. El Hijo se entrega porque sabe que el Padre lo sostiene. El cristiano se dona porque su vida no depende de la imagen que consigue ni del control que conserva.

La kenosis no se impone. Solo puede brotar de una vida recibida. Quien no se sabe hijo tiende a defenderse o a dominar. Quien vive desde el Padre puede soltar sin desesperar, servir sin resentimiento y perder sin quedar interiormente roto.

Desde aquí se comprende que la kenosis no sea una ética del desgaste, sino una forma filial de libertad. No consiste en desaparecer, sino en dejar de apropiarse de sí. No elimina la persona; la purifica de sus falsas seguridades. No suprime la voluntad; la ordena al amor. No debilita la inteligencia; la vuelve disponible a la verdad.

IV. Autoridad, misión y servicio



La filiación purifica la autoridad. El poder humano se corrompe cuando se convierte en compensación de una identidad insegura. Quien no sabe recibirse necesita afirmarse. Quien no descansa en un origen suele buscar dominio. Por eso tantas formas de autoridad terminan confundiendo misión con posesión, servicio con control, responsabilidad con necesidad de reconocimiento.

Cristo revela otra lógica. Su autoridad procede del Padre y se ejerce como misión. Habla en nombre del Padre, actúa según la voluntad del Padre y entrega su vida en manos del Padre. No se apropia de la autoridad; la transparenta. No la usa para salvarse a sí mismo; la convierte en servicio.

Esto ilumina toda autoridad humana: eclesial, política, educativa, familiar, empresarial o intelectual. La autoridad no debería definir la identidad de quien la ejerce. Es una responsabilidad histórica, no el fundamento del ser personal. Cuando alguien se identifica con su cargo, lo defiende como si se defendiera a sí mismo. Cuando entiende que el cargo pertenece al orden de la función, puede ejercerlo con seriedad y entregarlo sin amargura.

La función pertenece a la esencia, a las operaciones, a la historia. La persona es más que su función. Esta distinción permite servir sin apropiarse, dirigir sin absorber, representar sin idolatrar el propio papel.

La autoridad vivida kenóticamente no es débil. Es libre. No necesita colocarse siempre al centro. No confunde fecundidad con protagonismo. No mide su valor por la permanencia en el puesto. Su signo más claro es que otros crecen. La verdadera autoridad no se agota en mandar; consiste en hacer posible que la vida confiada a uno alcance su bien.

Esta misma lógica permite comprender la misión personal. En la antropología de Polo, la misión no puede reducirse a una profesión, un cargo, una actividad o un conjunto de tareas buenas. Brota del ser personal y se expresa en la historia de modo singular. No se fabrica como proyecto de autoafirmación; se descubre y se acepta.

La filiación fundamenta esta misión. La persona no es origen de sí misma. Recibe el ser como don y está llamada a responder con una vida también donal. En Cristo esto aparece con plena claridad: porque es Hijo, es Enviado. Su misión no se añade desde fuera a su identidad; la manifiesta.

En el hombre, la misión se despliega entre límites, etapas y cambios. Puede pasar por distintos trabajos, responsabilidades, vínculos y formas



de servicio. No se identifica sin más con ninguna de ellas. Una función puede terminar; la misión permanece mientras la persona siga llamada a expresar históricamente el don recibido.

Por eso conviene distinguir función y misión. La función es sustituible, delegable, visible y medible. La misión personal es más profunda, intransferible y no siempre evidente. Se puede perder una función sin perder la misión. Se puede conservar un cargo y, sin embargo, traicionarla. Se puede tener éxito externo y vivir lejos del propio centro.

La kenosis es la forma que toma la misión cuando entra en la historia. Implica gastar tiempo, energía, inteligencia, afecto, paciencia y capacidades. También exige renunciar a formas de control, prestigio o seguridad. Pero no exige perder la identidad. Cuando una entrega destruye interiormente a la persona, no estamos ante una kenosis cristiana, sino ante desorden.

La misión permite perder sin fracasar. Esta fórmula sintetiza una verdad profunda: quien vive desde la misión puede cerrar etapas, cambiar de lugar, dejar responsabilidades, aceptar límites y continuar fiel. La pérdida externa no equivale necesariamente a derrota. A veces es el modo en que la misión se purifica.

V. Trinidad, Iglesia y fecundidad silenciosa

La kenosis no comienza en la historia. Belén y la cruz manifiestan en el tiempo una verdad que pertenece al misterio eterno de Dios: el Padre da, el Hijo recibe y se devuelve al Padre, el Espíritu Santo es don personal. La vida trinitaria no es soledad cerrada, sino comunión.

La Encarnación no debe imaginarse como si el Hijo saliera de Dios para alejarse del Padre. Es la misión histórica de su filiación eterna. El Hijo se encarna sin dejar al Padre, obedece sin separarse de Él, muere confiándose a sus manos y resucita por su poder. La kenosis es la forma histórica del amor trinitario.

También el Espíritu Santo manifiesta una discreción propia del don. No se coloca en el centro, no habla de sí mismo, no retiene la mirada. Remite al Hijo y conduce al Padre. Su fecundidad es silenciosa: ilumina, santifica, sostiene, une. Actúa sin apropiarse del protagonismo.

Desde esta perspectiva se comprende la misión de la Iglesia. La Iglesia no existe para anunciarse a sí misma. Su verdad consiste en remitir al Padre



por Cristo en el Espíritu. Cuando se busca a sí misma, se oscurece. Cuando sirve al misterio recibido, se vuelve transparente. Lo mismo ocurre con el cristiano: no es fuente de la misión, sino mediación. Su fecundidad depende menos de ocupar el centro que de dejar pasar la vida de Dios.

VI. Discernimiento y vida intelectual

El discernimiento moderno suele comenzar por preguntas centradas en la voluntad o la eficacia: qué quiero hacer, qué me conviene, dónde seré más útil, qué opción me dará mejores resultados. Todas pueden tener algún valor, pero no bastan. Desde una antropología filial y misionera, la pregunta más profunda es otra: qué se me pide ser y expresar ahora.

Esa pregunta desplaza el centro. No parte del deseo aislado ni del cálculo de resultados, sino de una vida recibida que busca responder. La libertad no queda anulada; se vuelve más honda. Elegir no es solo seleccionar entre posibilidades, sino acoger una llamada y darle forma concreta.

Hay algunos signos de discernimiento auténtico. Una decisión conforme a la misión ensancha la libertad interior. No encierra a la persona en su imagen ni la vuelve esclava del reconocimiento. Puede exigir sacrificio, pero no produce desintegración. Puede pedir renuncia, pero no reclama falsedad. Puede llevar a un lugar menos visible, pero no apaga la fecundidad.

La misión verdadera suele hacer crecer a otros. Muchas veces lo hace sin ruido, sin atribución inmediata y sin control de los frutos. Hay fecundidades que no se ven en el momento, pero maduran en la vida de otros. La lógica cristiana no exige siempre visibilidad para reconocer el valor de una entrega.

También es signo de madurez la capacidad de soltar sin romperse. Hay etapas que terminan, responsabilidades que se entregan, obras que cambian de manos, ciclos que se cierran. La persona que ha confundido misión con posesión vive todo cierre como amenaza. La que descansa en la filiación puede atravesar la pérdida con dolor, pero sin desesperación.

En las crisis conviene preguntar: qué forma nueva está tomando mi misión, qué debo dejar para seguir siendo fiel, qué entrega menos visible se me pide ahora, qué parte de mi identidad estaba demasiado apoyada en una función. Estas preguntas no eliminan el sufrimiento, pero lo ordenan.



La vida intelectual también puede vivirse kenóticamente. En la lógica moderna, estudiar suele entenderse como adquirir competencia, dominar un campo, producir opinión, ganar autoridad o construir prestigio. Desde una comprensión cristiana de la misión, estudiar es otra cosa: dejarse formar por la verdad para poder servirla.

Esto exige una renuncia muy concreta: renunciar al brillo prematuro, a la opinión rápida, a la apropiación de las ideas, al cierre del sistema, a la necesidad de tener siempre razón. La kenosis intelectual consiste en aceptar que la verdad no se fabrica, no se posee como objeto de vanidad y no se somete al ritmo del ego.

El estudioso cristiano no es dueño de la verdad. Es responsable ante ella. Por eso necesita paciencia, humildad, escucha, rigor y disponibilidad para ser corregido. La inteligencia se purifica cuando deja de usar la verdad para afirmarse y comienza a servirla.

La filiación protege de la soberbia intelectual. Quien se sabe hijo no necesita producirlo todo desde sí mismo. Puede recibir. Puede esperar. Puede reconocer que no sabe. Puede estudiar durante años sin convertir la lentitud en fracaso. Puede aceptar trabajos silenciosos, procesos largos y frutos que quizá otros recogerán.

Cuando el estudio nace de la misión, no se reduce a formación profesional. Se convierte en servicio. Afina la inteligencia, ensancha el corazón y aumenta la responsabilidad. Entonces la vida intelectual deja de ser acumulación y se vuelve caridad: amor a la verdad y amor a quienes necesitan recibirla de manera clara, justa y fecunda.

Conclusión

Vivir desde el Padre

La kenosis no es una técnica espiritual ni una ética del desgaste. Es la forma histórica de una verdad más honda: la persona recibe el ser y está llamada a responder con una vida donal. En Cristo, esta verdad aparece en plenitud. El Hijo se vacía porque vive eternamente desde el Padre. Su abajamiento no contradice su gloria; la revela como amor.

En el hombre, la participación en la kenosis de Cristo no destruye la personalidad. La purifica. Lo que debe vaciarse no es el ser personal, sino la apropiación del yo: la necesidad de controlar, figurar, poseer, dominar,



retener o fundar la propia identidad en el reconocimiento. La persona no se realiza por acumulación, sino por donación.

Tomás de Aquino ayuda a preservar la verdad cristológica: en Dios no hay pérdida ni mutación; la Encarnación es asunción, no disminución. Leonardo Polo ayuda a preservar la verdad antropológica: la persona no se reduce a su esencia, a sus funciones ni a sus actos visibles; por eso puede entregarse históricamente sin quedar anulada. La diferencia con la alienación moderna queda así clara: la kenosis no fragmenta al sujeto, sino que manifiesta su raíz donal.

La filiación ordena todo el conjunto. Desde ella se comprenden la obediencia como confianza, la autoridad como representación, la misión como envío, el discernimiento como respuesta y el estudio como servicio a la verdad. Sin filiación, la kenosis se deforma; con filiación, se vuelve libertad.

La misión personal da forma histórica a esa libertad. No se confunde con un cargo ni con una obra, aunque pueda servirse de ambos. Atraviesa etapas, cambia de figura, acepta pérdidas y madura en silencio. Su fecundidad no depende solo de resultados visibles, sino de la fidelidad con que la persona expresa el don recibido.

La pregunta final no es si se conserva el control, el puesto, la imagen o el éxito. La pregunta es más profunda: si aquello que se vive permite donarse sin perder la identidad filial. Cuando la respuesta es afirmativa, hay verdad interior. Cuando no, aunque la apariencia sea buena, algo necesita ser purificado.

La kenosis no es vaciarse de sí como quien se destruye. Es vivir desde el Padre: recibir el ser sin apropiárselo y dejar que ese don se vuelva fecundo en la historia. En Cristo, el Hijo eterno muestra que la gloria de Dios no se expresa como posesión, sino como entrega. En el hombre, esa lógica se participa como filiación, misión y servicio. Desde ahí, la autoridad deja de ser dominio, el estudio deja de ser vanidad, la pérdida deja de ser fracaso y la vida recupera su unidad: todo procede de un don y todo está llamado a volver como amor.

17 de diciembre 2026

